

# HABITANTE DEL CUERPO

...de una mujer en un jardín le viene la raíz al mundo.  
Dulce María Loinaz

El cuerpo es el límite que anuda la otra dimensión del yo. Más que referir la mera superficie anatómica, puede constituir una radiografía del espíritu relativo al signo mujer. Si del cuerpo depende en gran medida nuestra experiencia e itinerancia por el mundo, a través de él podría intuírsele como suele un mapa graficar una ciudad. Es esta la matriz simbólica mediante la cual Elsa Mora explora su universo interior.

La obra de esta artista ocupa un registro diferenciado con respecto a las orientaciones dominantes en el joven arte cubano. Mora no discursa a partir de la distancia analítica de las vertientes que articulan con la esfera de lo estético como modo histórico, sino a partir de un compromiso vital con las estructuras expresivas del objeto estético, desde los corredores interiores de la propia experimentación pictórica. En tal sentido, redimensiona una herencia de lo onírico-hiperreal asentada por Pedro Pablo Oliva, Roberto Fabro y otros artistas.

La otra dimensión del yo, quizás sea el inídeo de una indagación antropológica, conducida hacia una reenumeración -física, ética- del ser genérico, bien confirmando u objetando las visiones arquetípicas que sobre lo femenino ocupan la conciencia común. Se ratifica, por ejemplo, -a través del trato con el material artesanal-, el peso de esa “cultura de la mano” (Fina García Marruz) que apda a lo sensorio, y que a menudo se legitima como propiedad del género femenino. Esta particular manera de asumir la *techne*, convierte el virtuosismo en un recurso alegórico. Sin embargo, se aparta de la retórica emergida de la clásica oposición de hegemonismo y subalternidad hombre/mujer. A la manera de la filosofía heráldica china del Yang-yin, se reconoce un sistema de congruencias, en el que ocurre una compensación e interdependencia entre las cualidades constitutivas de dichos géneros, a partir de la cual, los atributos canónicos de la feminidad pueden habitar otros espacios más allá del cuerpo mujer, y este, a su vez puede servir de amparo a determinadas propiedades identificadas con lo masculino.

Similar al funcionamiento real del pensamiento, en su obra alternan, desde un tratamiento sui géneris, textos verbales e irónicos, azar y discurso premeditado, que suelen congeniar o excluirse mutuamente, conformando una

estructura significativa policéntrica, que nos conduce a través de subtramas, acertijos y paradojas, hasta una lírica de la mujer como objeto del extrañamiento.

Si el mito ha sido considerado el efecto de una mentalidad prelógica, en la que cristaliza un sentimiento, que luego el lenguaje se encarga de consolidar; en la poética de Mora la intervención del mito -ya sea histórico o personal-, y del uso constante de los lenguajes -a través del intertexto o de las referencias reminiscentes-, le permiten extrovertir las más íntimas pulsaciones anímicas apenas filtradas por los tamices del entendimiento.

Del mismo modo que Roland Barthes concebía el texto como un cuerpo que acontece desde la sensualidad o el goce que implica desentrañarlo, en Elsa ocurre el proceso inverso. El cuerpo es una gramática de la expresión del ser. Pero el significado de esta gramática no se nos ofrece de manera expedita, sino a través de máscaras, de figuras de alteridad: hojas, tierra, agua, lo mantienen al amparo de una segunda piel. Transubstanciación que nos lleva de regreso a la articulación primigenia mujer-naturaleza, propia de la mentalidad de las culturas preadamitas. Esta nueva evocación de lo femenino como materia fundante, como alma mater activadora de la rueda de hilar: nacimiento, muerte y resurrección, aparece en la obra de Elsa anunciando un concepto de cuerpo que rebasa sus límites cronotópicos y se expresa como soporte alegórico de la Creación.

El arte de Elsa Mora es la expresión de un imaginario existencial, que parte de un criterio de feminidad como una dimensión inaprehensible si no se le experimenta. Su obra es la utopía de hacer familiar dicha experiencia. Pero opuesta a la histórica comprensión de la cultura occidental sobre el modo en que acontece lo femenino, Elsa elige el vocabulario con que prefiere ser narrada. Sólo así nos deja repasar sus tatuajes y cicatrices, en la eterna sinuosidad de nuestra perentoria morada.

Danné Ojeda  
Noviembre, 1998